

SANATORIOS, POETAS Y AMORÍOS

Seudónimo: CAMPACEO

No conocía a Panero. Y, ahora, casi que se avergüenza al pensarlo. Hay que ver, tan aficionado él a los poetas que forjaron su juventud y recitador fiel de lo que su cada vez más menguada memoria le susurra por lo bajinis, y lo acaba de descubrir hace cuatro días gracias al librito que le ha regalado su hijo por su noventa cumpleaños. Entre sus hojas, asoman unos folios sacados de la *Wikipedia* sobre la vida del tal Leopoldo.

- Le va a gustar, padre. Y a madre, me figuro. Les traerá recuerdos de cuando mozos. Hasta parece que han tenido vidas paralelas.

Mucha razón tiene el chico. Resulta que, sin haberse conocido, Panero y él han compartido dolencias y amoríos entre los mismos muros, los mismos pasillos y el mismo jardín aunque, claro, veinte años y una guerra los separaron. Y también el fruto de sus pasiones juveniles. Amores frustrados fueron los del poeta de Astorga; amores aún encendidos son los suyos. ¿Quién lo iba a decir?

Con cierto trabajo, se levanta de la butaca y acude a refrescar la boca de su mujer, acariciándole la mejilla con el dorso de sus dedos y, de paso, revisar la ruedecita del gotero. Todo está bien. Le da, como acostumbra, dos delicados apretones en la mano tendida que asoma a un costado de la cama antes de volverla a colocar en su regazo al calor de las sábanas. Le sonrío, estira los faldones de la colcha que la cubre y torna a su asiento y a los endecasílabos de viejos poetas que, en estos días amargos, pugnan por recobrar vida en su alma maltrecha.

Del labio exangüe y el angosto pecho

Diez años después de terminar la contienda, Isabel era una criatura en flor. Con su pelo recogidito por arriba y su falda plisada, era la enfermera más bonita y encantadora del Real Sanatorio del Guadarrama. Él, cuando la fiebre se lo permitía, le musitaba coplillas al oído. De un tal Machado y un tal Alberti pero en voz muy baja, casi desmayada, así, así..., aparentando estar muy débil por la enfermedad.

Tunería era, sólo para que la mocita arrimara su cabeza a la suya y poder sentir la caricia de sus rizos que le hacían cosquillas en el cuello y que se mecían fragantes y descuidados con cada rima que le regalaba. Versos del Guadarrama, tan quebradizos y enamorados como él. Isabel, entonces, corría a la ventana, bajaba cuatro dedos la persiana y, en esa semioscuridad que llama a la noche, le hablaba aparentando cierta autoridad pero con su rostro a no más de un palmo del suyo y acunando sus palabras en un murmullo que no lograba acallar los golpes que el corazón le daba en el pecho:

- Don Marcelino: sea bueno. Ahora tiene que descansar. Mañana vengo a verle, se lo prometo.

Entonces le daba dos leves apretones en la mano, siempre el segundo un poco más prolongado, antes de recolocarle el embozo y salir por la puerta procurando no hacer ruido.

Una vez fuera de la habitación, se atusaba el uniforme, se componía el tocado, miraba al techo y, recostada contra la pared creyéndose al resguardo de ojos extraños, procuraba ahogar suspiros y risas entrecortadas que eran prenda y presagio, así lo soñaba ella y lo soñaba bien, de un amor tan noble que sólo acabaría con la muerte. Y le daba por imaginar que entre aquellas paredes que ahora contemplaba, quizá antiguos y olvidados devaneos tan tiernos como los suyos cambiaron también el destino de poetas apresurados y de muchachas enamoradas.

Otra vez, como en sueños, mi corazón se empaña de haber vivido

Así era don Leopoldo. Muy joven en aquel entonces, muy seriecito y muy guapo. Joaquinita se había fijado en él, en su planta y sobre todo en su palabra: ¡Vaya versos que se le ocurrían y qué manera de entonarlos! ¡Como si le fuera la vida en ello!

Ahora que ya la primavera se declaraba sin pudor tiñendo de rojo las cunetas de los caminos, los dos paseaban por las afueras del sanatorio. Una vez casi curada la tuberculosis, la viveza de los aires de la sierra podría hacer el resto, les habían dicho los doctores. Bueno, pues cada día que pasaba, iban un poquito más lejos, un poquito más allá, hablando de sus cosas y sin dar cuentas a nadie, salvo cuando, desprovistos de relojes y prisas, llegaban tarde a la cena. Tampoco pasaba nada. La enfermera de turno torcía el gesto, movía la cabeza, apelaba a la paciencia que su profesión le obligaba a demostrar y, con un guiño, les hacía ocupar una mesa de las que quedaban libres. Él, galante y caballero, le servía el primer y el segundo plato. Y ella el postre a él mientras adivinaba detrás de su sonrisa nuevos y hermosos octosílabos arrebatados a poetas de otras tierras que, recitados a su tiempo, porfiarían por quedarse prendidos para siempre en el balcón de sus ojos y en el de los riscos siempre soberbios del Guadarrama.

Hotel de azules perdidos, de párpados entornados

Joaquina murió. Y murió de mala muerte, a traición. Ambas se encontraron y se miraron cara a cara durante una hora. Al parecer, por una complicación imprevista de su proceso infeccioso, según le dijeron a Leopoldo Panero.

Esa tarde, a su amante, los perfiles de las montañas tantas veces contempladas se le volvieron azules de una tristeza inasible e insoportable, tintados de morado en una cuaresma sin final y cubiertos de negro como la hiel que le hervía en las entrañas y que no era capaz de arrojar de su cuerpo. Todo

quedó dentro: amor y amargura a partes iguales, danzando abrazados en cada rincón de su ser en un baile imposible pero cierto.

Otra vez la mano fuera y el gotero meneándose. Vaya por Dios. Marcelino vuelve a levantarse y compone todo en un santiamén: la ruedecita, los faldones, el agua en los labios y, esta vez, un beso en la frente. Dos. Y hasta tres, tan delicados como es capaz para no despertarla pero que contienen, cada uno de ellos, una historia de agradecimiento y de ternura como nunca ningún poeta pudo dejar escrita. Ni Machado, ni Alberti, ni Panero. Cuando se entrega la vida, la poesía no necesita de palabras.

Guadarrama -piedras nobles, prados frescos y brisas recias-, eterno custodio de amoríos y de vidas dolientes, dime: ¿cuántos versos de amor has escuchado? ¿Cuántas almas puras has conocido?